

Tal era la situación que el marqués de Montchenu se había creado en Santa Elena, reducido á valerse de subterfugios para enterarse de lo que pasaba en Longwood, y precisado á ver de lejos al Emperador si quería cerciorarse de su existencia. Así se consideró dichoso el día en que, oculto tras una hondonada y con ayuda del catalejo, pudo ver al Emperador en el balcón de Longwood. El almirante Malcolm tenía razón al decir, con referencia al singular ministerio de los tres comisarios: «¿Por qué no han enviado oficiales subalternos? Estarían en hospedaje con los nuestros y no les costarían tan caros á sus gobiernos... Si quieren saber lo que aquí ocurre, ¿por qué no se dirigen á nuestros ministros en Londres, que están al corriente de todo?»

## V

En 1818 perdió la minúscula corte de Longwood uno de sus principales individuos, pues, con hondo pesar del Emperador, se despidió para Europa el general Gourgaud, á consecuencia de disentimientos con el general Montholon, suscitados por la preferencia que á este último mostraba el Emperador, aunque tal vez fuese otro el motivo, de lo que podrá juzgar el lector, según los documentos suministrados por la correspondencia del marqués de Montchenu, sobre este incidente (1). De todos modos, el Emperador se vió precisado á intervenir entre los dos generales, para evitar el escándalo que sus enemigos no hubieran dejado de promover sobre el caso.

También por entonces se marcharon de Santa Elena dos personajes cuya compañía aduicigaba las amarguras del desterrado, para quien la partida fué nuevo manantial de tristeza. Eran aquellos personajes el almirante Malcolm, que en todo cuanto de su parte estuvo, procuró mejorar la suerte de Napoleón, y su médico de confianza, el doctor O'Meara, que no se había separado de él desde que puso los pies en el *Belléophon*. Por último, la muerte, que, según frase de Montchenu, «había respetado hasta entonces á Longwood», arrebató en cuatro días á Cipriani, repostero de Bonaparte, á consecuencia de infección intestinal. «Era el criado cuya pérdida había de serle más dolorosa por la suma utilidad de sus servicios.»

Todas estas tristezas y amarguras que á la sazón entenebrecían la vida del Emperador, influyeron forzosamente en su salud, de cada vez más quebrantada. Derramóse por la isla el rumor de que estaba gravemente enfermo, y el gobernador se sobresaltó al oírlo, porque desde la partida del Dr. O'Meara, que diariamente le daba noticias del prisionero, no sabía con seguridad lo que pasaba en

(1) Se ha dicho que las querellas surgidas entre los dos generales, eran tan sólo aparentes para dar pretexto á la partida de Gourgaud, quien iba á Europa con instrucciones secretas del Emperador. Sin embargo, esta versión carece de todo fundamento. (Véase Montholon: *Relatos de la cautividad del Emperador*, t. II, p. 251.)

Longwood. Amedrentáronle entonces los riesgos de la responsabilidad, y en los temores suscitados por la enfermedad del Emperador halló pretexto para exigir con más rigor el cumplimiento de las instrucciones recibidas de lord Bathurst.

Conviene advertir que Hudson Lowe no ejerció dignamente las funciones que le encomendara su gobierno, y con razón decía de él Montchenu, burlonamente: «No me maravillaré saber dentro de poco que su *cabezuela* no ha podido resistir el enorme peso de la custodia de una roca inaccesible, y además defendida por ejército y armada... ¡Ah! ¡Qué hombre éste!... Convencido estoy de que ni buscado adrede se encontraría otro igual.» Los demás comisarios corroboran con sus apreciaciones tan irónico juicio. Según pasaba el tiempo, era más tirante el trato entre ellos y el gobernador, pues si al principio les había manifestado éste cierta deferencia, los años acrecentaron la animosidad de su malicioso y suspicaz carácter. El barón de Stürmer lo juzga severamente en un informe, diciendo: «Si sólo hacía falta un carcelero, nada más fácil que encontrarlo... Pero si Inglaterra tiene en algo el juicio de la historia, no cabía elección más desatinada... pues difícil hubiera sido encontrar hombre más torpe, extravagante y antipático. Para sus enemigos es malo, pero para mí no va más allá de astuto, y la mayor parte de sus actos dimanar de la rareza de su carácter... (1).»

En Julio de aquel mismo año llamó el príncipe de Metternich al comisario austriaco, y el marqués de Montchenu quedó autorizado para relacionarse directamente con la corte imperial. Algo más tarde, en 1820, se marchó también de Santa Elena el conde de Balmain, y quedó tan sólo el comisario francés por representante de las tres potencias. Sin embargo, pareció Montchenu alegrarse de la partida de sus colegas, que, según él, habían motivado el fracaso de su comisión sin que prestaran utilidad alguna á sus respectivos gobiernos. Por lo demás, aunque el barón de Stürmer suponga que los informes de Montchenu carecen de interés, preciso es confesar, en honor de la justicia, que superan á los suyos, pues contienen frecuentemente elementos de información que en vano se buscarían en los de su colega. También es forzoso reconocer que había secreta rivalidad entre los tres comisarios y que no desperdiciaban ocasión de echarse mortificantes pullas. Por su parte, el señor de Gors, secretario de Montchenu, no cesaba de criticar la conducta de su jefe al departir con sus colegas, hasta el extremo de escribir secretamente al ministro de Negocios extranjeros en los siguientes términos: «Siento decirlo por el señor de Montchenu, pero debo declarar que cuantos juicios ha emitido acerca de sus dos colegas pecan de inexactos y se trasluce en ellos excesivo amor propio. Hubiera debido ser más justo é imparcial con el conde de Balmain, el único que ha tomado verdaderamente á pecho los intereses del común servicio, con celo á cuya intensidad sacrificó descanso y salud. El señor de Montchenu no hubiera debido olvidar tampoco que al conde ha de agradecer

(1) *Informes del barón de Stürmer*, comunicación núm. 13, p. 181.



cuanto de interesante hay en sus informes. No ha logrado concertarse con él para visitar siquiera por cumplido á los moradores de Longwood, y continuamente se ha limitado á recriminar lo que era incapaz de hacer á su debido tiempo, entreteniéndose en disputas de etiqueta. La cosa tiene ya tal cariz, que muchísimo le ha de costar tener entrada en Longwood... (1).»

Esta severa apreciación de la conducta de Montchenu no es del todo justa, aunque no carezca de fundamento, pues si bien con miras mucho más amplias, el marqués hubiese podido vencer desde un principio no pocas dificultades, hubiera tropezado de seguro con la mala voluntad del gobernador, que parecía complacerse en suscitar obstáculos entre el Emperador y los comisarios. Ciertamente que la correspondencia del marqués de Montchenu hubiese revestido mayor interés para Francia en el caso de haber podido éste entrar en Longwood; pero aun tales como son, nos brindan sus informes preciosos documentos, pues, según antes manifesté, á consecuencia de las relaciones entabladas más tarde entre el marqués de Montchenu y algunos familiares del Emperador, no podía aquél por menos de enterarse de las más insignificantes palabras de éste, de modo que bien cabe tenerle por eco fiel de las conversaciones de Longwood. Así conocemos los proyectos del Emperador sobre la reorganización de Francia y su nuevo concepto de la Representación nacional, sobre la reforma de la Universidad y la dirección que Luis XVIII debía dar al movimiento revolucionario que amenazaba. Según dijo Montholon al marqués: «Napoleón sólo piensa desde hace dos años en reconstituir la unidad de Francia.»

Al hablar de los acontecimientos que pudieran sobrevenir á la muerte de Luis XVIII, solía decir el Emperador: «¿Qué ocurrirá entonces? Habrá tres partidos, pero tan sólo dos candidatos: mi hijo y el duque de Orleans... Creo que el partido de Orleans será más numeroso, pues entrarán en él todos los ahora descontentos, y aquella tan numerosa clase de gentes sin energía que, poseedoras de mediana fortuna, quieren disfrutarla tranquilamente... Yo mismo, si aun fuese oficial de artillería y el ejército hubiera de dar su parecer, votaría por el duque de Orleans... (2).»

Diez años más tarde, los acontecimientos habían de corroborar la clarividencia del Emperador.

## VI

Monótonos y uniformes transcurrían los meses para el comisario á quien el duque de Richelieu llamaba jocosamente *mylord Sainte-Hélène*, y promedió el año 1820 sin que dejara de quejarse en todas sus cartas de falta de dinero y de las privaciones á que había de someterse. En un momento de mal humor, dice:

(1) *Carta del señor de Gors*, Mayo de 1821.

(2) *Carta del marqués de Montchenu*, 23 de Junio de 1820.

«¿Por qué ha de caer sobre mis viejos hombros la carga más pesada é ingrata y menos vista, mientras que para los que sirven en Francia son las rosas y los favores?...» Pero tan frecuentes eran sus quejas, tan negra su descripción del clima inaguantable de la isla y tan persistentes sus ruegos de que no se le deje morir en «aquella roca infernal», que, según toda verosimilitud, el barón de Rayneval, á la sazón ministro de Negocios extranjeros, hubiese respondido á sus instancias con el relevo, si las repentinas complicaciones sobrevenidas en el estado de salud del Emperador, no le desviarán de su primitiva determinación.

Era notorio que no tardaría mucho en llegar el momento tan impacientemente esperado por el marqués de Montchenu, pues la muerte se agachaba tras las puertas de Longwood, dispuesta á caer sobre su víctima, y muy luego no tendrían los ingleses otro trabajo que custodiar un cadáver.

A fines del año 1820 se agravó notablemente Napoleón. La hinchazón de las piernas no le consentía moverse, la sangre circulaba con dificultad, y á veces sobrecogía al enfermo una tal torpeza de movimientos, que temerosamente contrastaba con la prodigiosa energía en él característica. Finalmente, el año nuevo, que debía ser el último para el Emperador, empezó con el recrudecimiento de la dolencia. El estómago rechazaba los alimentos, y sólo podía tomar carnes congeladas é infusiones de café. Tenía el rostro lívido y se quejaba continuamente de enfriamientos, causados por insuficiencia de circulación sanguínea. Desde entonces, las cartas del marqués de Montchenu se redujeron á fieles traslados de los partes facultativos.

Como asumía la representación de tres cortes extranjeras, procuraba alzarse al nivel de su cargo y dar tan sólo informes exactos. Sin embargo, ni él ni el gobernador pudieron entrar en Longwood, y los partes facultativos eran los únicos resquicios que les permitían vislumbrar las últimas escenas de la tragedia, ya cercana al desenlace.

El 5 de Mayo murió el glorioso cautivo, rodeado de sus fieles servidores, que no se apartaron de él ni un momento en su larga agonía. Durante las últimas horas de la vida del Emperador, estuvo el marqués de Montchenu en una choza situada en medio del campo, no lejos de Longwood. El gobernador se había instalado en la nueva casa construída para habitación de Bonaparte, y á cada instante recibía las noticias que á los oficiales ingleses daba la servidumbre de Longwood. A las cinco y media, por un parte escrito con lápiz, de puño y letra del doctor Arnott, supo que «Napoleón Bonaparte acababa de expirar». Inmediatamente comunicó el gobernador la noticia al comisario francés, que estaba en aquel momento con el almirante, y ambos se presentaron juntos para comprobar oficialmente la defunción; pero ante la resuelta negativa de Montholon, que no les permitió la entrada en la estancia mortuoria, hubieron de aplazar hasta el día siguiente la visita de comprobación.

El 6 de Mayo de 1821 pudo el marqués de Montchenu contemplar por pri-



mera vez en Santa Elena el rostro que, desde cinco años atrás, hubiera debido ver cada día. Por lo tanto, es lícito preguntar qué papel hizo Francia desempeñar á su agente durante tanto tiempo y qué secreto propósito animaba al gobierno de Luis XVIII para mantener en Santa Elena un comisario que lo mismo hubiera podido estar en cualquier otro punto del globo. Muy rara fué, pues, la comisión del marqués de Montchenu, y no menos extraño resulta que el duque de Richelieu no creyera conveniente llamar al comisario al enterarse del fracaso de sus primeras diligencias. La vigilancia del gobierno inglés sobre Napoleón era demasiado activa y celosa para intervenir; y, por otra parte, si el Emperador hubiera intentado evadirse, no se lo impidiera de seguro la presencia de los tres comisarios.

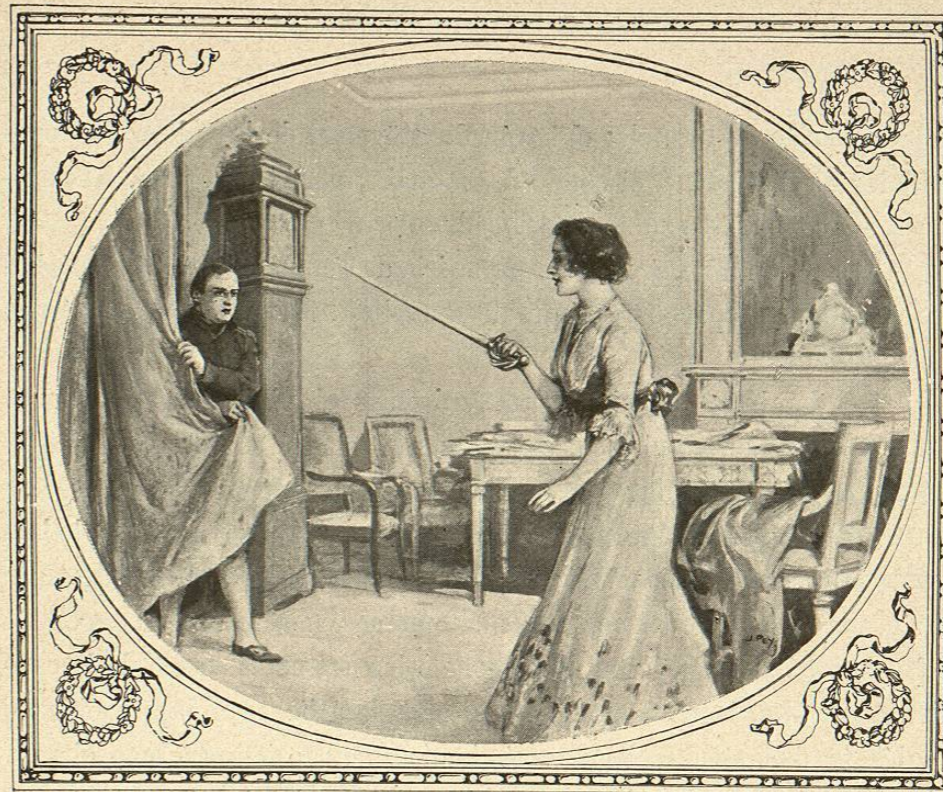
Austria y Rusia comprendieron que era inútil prolongar una situación, no sólo odiosa para sus agentes, sino agravada á cada paso por la mala voluntad de Hudson Lowe, y así acabaron por retirar de la isla sus comisarios.

La comisión del marqués de Montchenu terminaba, por razón natural, una vez fallecido el Emperador. Además, lo quebrantado de su salud á consecuencia del largo destierro bajo un cielo inclemente, le avivaba el deseo de restituirse cuanto antes al seno de su familia, y el 28 de Julio de 1821 embarcó con rumbo á Francia en el vapor que conducía á Europa á los fieles servidores de Napoleón.

\*  
\* \*  
\*

A continuación de la correspondencia del marqués de Montchenu, están los informes dirigidos á Thiers, en 1840, por el conde de Rohan-Chabot, quien acompañó al príncipe de Joinville, en calidad de comisario regio, cuando se trasladaron á Francia los restos del Emperador. Estos informes inéditos de un testigo ocular, contienen preciosos pormenores sobre las circunstancias que rodearon la exhumación de los restos de Napoleón, y, por lo tanto, creo que interesará al lector el último capítulo, como natural complemento de los precedentes.

J. F.-D.



## CAPÍTULO PRIMERO

Embarque de los comisarios en el *Newcastle*.—Primera carta del marqués de Montchenu á la vista de Tenerife.—Llegada á Santa Elena.—Primera impresión de desaliento.—Descripción de la isla.—Régimen de vida del Emperador.—Se niega á recibir en Longwood á los comisarios.—No se reconoce prisionero de los ingleses.—Severas medidas que toma Hudson Lowe para prevenir toda tentativa de evasión.—Bonaparte y la joven Betzy Balcomb.—Relaciones del Emperador con Miss Robertson.—La residencia de Longwood.—Conversación con el almirante Malcolm.—El Emperador dice que no quiere recibir á los comisarios.—El marqués de Montchenu se queja de la carestía de las subsistencias.

A fines de 1815 firmaron los soberanos de Francia, Austria y Rusia, el nombramiento de los respectivos comisarios, que, con arreglo al Tratado del 2 de Agosto de aquel mismo año, les habían de informar de todo cuanto se relacionase con la estancia del Emperador en Santa Elena. Sin embargo, el retraso en el alistamiento del *Newcastle*, buque puesto á su disposición por el gobierno inglés, no les permitió embarcar hasta el 21 de Abril de 1816, en que dicha nave zarpó de la rada de Spithead. Formaban la comisión el marqués de Montchenu,